

Naciones literarias.

MARÍA DOLORES
ROMERO LÓPEZ (ED.).
Anthropos,
Barcelona, 2006.

Naciones de puro estilo y lengua

Guillermo Canteros *
Universidad Nacional del Litoral

En *Conflicto y armonías de las razas en América* (1883) Sarmiento proyectaba hacia el futuro –también hacia el pasado– el siguiente interrogante: “¿Somos Nación? ¿Nación sin amalgama de materiales acumulados, sin ajuste ni cimiento? ¿Argentinos? Hasta dónde y desde cuándo, bueno es darse cuenta de ello” (Sarmiento 2001: 23). Poco antes de morir, en una carta enviada desde Barcelona a la poeta Tamara Kamenzain, Osvaldo Lamborghini escribía: “La ‘argentina’ no es ninguna raza ni nacionalidad, sino puro estilo y lengua” (citado en Libertella 1993: 212). Si recupero estas dos citas para referirme a *Naciones literarias* no es porque los trabajos que integran este volumen se relacionen de un modo directo con el “caso argentino”, sino más bien porque descubro que las palabras de Sarmiento y Lamborghini instauran un diálogo que opera aquí como síntesis de un proceso mayor. La afirmación del último puede ciertamente leerse como una provocativa respuesta a la pregunta del primero: “¿Somos Nación?” Sí, pero “puro estilo y lengua”.

La anterior es una definición imposiblemente romántica y demasiado topológica, porque –como señala Bhabha (1990)– es a partir de esas tradiciones del pensamiento político y del lenguaje literario que la nación emerge como una idea histórica en Occidente. Por esta razón me interesa volver sobre la frase de Lamborghini para llamar la atención sobre la forma en que semejante intelección funda una perspectiva desde la cual no puede pensarse ya sino en términos de relato. Ello supone despojar a la nación de su presunto carácter natural, para así instalarse en el criterio de su artificialidad: efecto de una construcción histórica o invención. Conforme a las ideas de Benedict Anderson (1983), quien rechaza las posiciones esencialistas que la arraigan en elementos aparentemente objetivos –suelo, lengua, historia, costumbre, etnias– y se inclina por una definición constructivista: las naciones son artefactos fabricados por los nacionalismos –*comunidades imaginarias*–, reflexionar hoy sobre este concepto y sus efectos culturales requiere haber partido previamente del desplazamiento de la pregunta expresada en *qué es la nación* hacia esta otra: *cómo se construye una nación*.

* Guillermo A. Canteros es Profesor en Letras egresado de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la UNL y estudiante avanzado de la carrera de Licenciatura en Letras de la misma institución. Ha realizado adscripciones en docencia e investigación en el campo de la literatura argentina. Es integrante del Proyecto de Investigación CAI+D 2006: “La construcción discursiva de la memoria: identidad y desencuentros en la narrativa argentina contemporánea” bajo la dirección de la Prof. Ana Copes. Forma parte del equipo de cátedra del Seminario de Literatura Argentina de la Licenciatura en Enseñanza de Lengua y Literatura (UNLVirtual).

En esta dirección, ciertas formas de la crítica actual –particularmente aquellas que se hallan asociadas a los *estudios culturales*–, han podido demostrar hasta qué punto configurar una nación y crear una literatura fueron procesos simultáneos y, por lo tanto, cómo la historiografía y la teoría de la literatura han evolucionado paralela y complementariamente al proceso de configuración de identidad nacional. Ello explica que la elección de *Naciones literarias* como título del volumen obedezca a un quiasmo gramatical basado en *literaturas nacionales*, puesto que no sólo se inscribe en la línea de análisis que reflexiona sobre las relaciones entre *lo nacional* y *lo literario* sino que además resulta prácticamente en su conjunto una recopilación de textos que, publicados en otras lenguas y en otros ámbitos desde los años sesenta del siglo anterior hasta los inicios del actual, contribuyeron a fundar y/o a consolidar esta orientación. Traducidos por los diferentes miembros del Grupo de Investigación LEETHI (Literaturas Españolas y Europeas del Texto al Hiper-texto) de la UCM (Universidad Complutense de Madrid), estos trabajos refieren, aunque desde perspectivas diferentes y con distintas intenciones, a los conceptos de nación, historia literaria y literatura nacional, pero también a los de literatura mundial y comparada. Vienen asimismo a llenar un “vacío bibliográfico”, dado que no se encuentra en el mercado editorial ninguna compilación de traducciones al castellano que enfoque la cuestión de cómo van evolucionando los conceptos arriba mencionados hasta los estudios culturales, poscoloniales o de transferencia.

En tal sentido, los trabajos que integran este volumen –dispuestos en tres grandes secciones: *Naciones y nociones*, *DisemiNaciones literarias* e *Historias literarias*–, permiten al lector reflexionar, desde una perspectiva histórica, sobre la evolución que ha sufrido la relación entre lo nacional y lo literario desde los planteamientos positivistas decimonónicos de Herder, Von Goethe, Renan, Taine y Posnett, hasta otros más abiertos, críticos e interculturales como los de Fanon, Marino, Bhabha, Lambert, Jurt, Schöning, Mainer, Franco Carvalhal, Hutcheon, McGuirk y Pope.

Metarrelatos

Luego de leer la introducción al volumen, a cargo de su editora literaria Ma. Dolores Romero López, concluyo que indagar en la genealogía del término nación no sólo supone recordar que los nacionalismos culturales decimonónicos teorizaron sobre él como un vínculo identitario fundado en las tradiciones de un pasado histórico común, sino además enfatizar el modo en que este concepto nace asociado al discurso de la historia y la literatura: así, cuando en el siglo XIX comienza a forjarse una conciencia nacional donde la idea de cultura pasa a representar la unidad y entereza de una nación, ambas discursividades asumen la función ancilar de articular y consolidar una memoria histórica capaz de operar como signo y anclaje de una cultura e identidad nacional.

No es casual, en consecuencia, que la nación como experiencia de la memoria sea hoy una fábula, un complejo de relatos que la crítica cultural intenta desmontar. Las literaturas nacionales, sus clásicos y sus historias –dispositivos centrales en la elaboración de los grandes relatos de legitimación nacional–, devienen así objeto

de múltiples (des)lecturas que evidencian –al exhibir los procedimientos discursivos operantes en la fundaciones literarias de las naciones– la forma en que en el siglo XIX fueron organizadas e impuestas desde el poder de la letra diversas ficciones culturales y fábulas de identidad que operaron en nombre de la nación. Por ello, al reflexionar sobre las apropiaciones y el poder que esas ficciones encierran, los trabajos que integran el volumen resultan un cuestionamiento de un tipo de pensamiento, de cultura y de literatura propios de la modernidad. Pienso en el ensayo de Michel Spagne, “Taine y la noción de literatura nacional”; y en el de Frantz Fanon, “La cultura nacional”. Ambos problematizan –el primero al revisar el concepto de literatura nacional de su compatriota, el segundo al analizar la ideología nacionalista en contextos poscoloniales– un ideario cultural amparado por conceptos nacionales unitarios. Uno de ellos sería el de literatura nacional. Precisamente, el trabajo de José Carlos Mainer, “La invención de la literatura española”, revela desde el título mismo, cómo cuando decimos “literatura española” o “literatura argentina” o “literatura francesa” nunca enunciamos un hecho natural o espontáneo. La fundación de una literatura nacional responde siempre a una operación retrospectiva de canonización a partir de la cual se conforma un corpus textual que sirve a los grupos sociales dominantes para narrar el devenir histórico de una nación.

En relación con lo anterior, el estudio actual de los modos de historización y las estrategias de representación empleados en la producción de narrativas nacionales dan cuenta del proceso discursivo a través del cual se otorgara a los sucesos narrados un orden lógico y causal. Por este motivo, en su ensayo “Diseminación. El tiempo, el relato y los márgenes de la nación moderna” –publicado originariamente en *The Location of Culture* (1994)–, Homi Bhabha parte del cuestionamiento de lo que entiendo como con-fabulaciones de imaginarios del devenir nacional. De los sucesivos finales que la posmodernidad nombra, el del tiempo histórico homogéneo y secuencial –que no es otro que el tiempo de escritura de la nación moderna– es uno de ellos. Por lo tanto, cuando nuestra jerga actual redundante en la promoción de términos “pos” (posmodernidad, poscolonialidad, posfeminismo), el sentido de semejante prefijación no radica en su uso frecuente para indicar secuencialidad (*después de*) o polaridad (*anti...*), sino más bien para referir a ese *más allá* de la historia al que los sujetos nos vemos enfrentados hoy.

Llegados a este punto, recupero la pregunta que en *El coloquio de Yale: máquinas de leer fin de siglo* formulara Josefina Ludmer: “Cómo pensar sin naciones” (Ludmer, 1994: 10). El borramiento de las fronteras culturalmente contingentes de la nacionalidad moderna obliga a pensar *más allá* de los conceptos de culturas nacionales homogéneas. En tal sentido, como prueba José Lambert en su ensayo “En busca de los mapas literarios del mundo”, pensar hoy una literatura en términos nacionales sería contradictorio con la transnacionalización de la cultura. Así, si la experiencia de lo cultural se figuraliza en nuestros tiempos en el tropo del *más allá*, concebida como una forma de narración, la nación se disemina en una complejidad de relaciones transnacionales y transculturales de las que la literatura participa: es ella la que registra la proliferación de espacios y temporalidades producida por la desintegración de la unidad nacional. Pero, ¿cómo leer la literatura de este proceso? Los ensayos de Adrián Marino, “La literatura europea y mundial: un nuevo enfoque comparatista”; Joseph Jurt, “El concepto de campo literario y la internacionalización de la literatura”; y el ya mencionado de Lambert, postulan en consecuencia la necesidad de traspasar en la lectura de los textos literarios las

fronteras nacionales para concebir –a partir de la confrontación con lo Otro– nuevos mapas, espacios, sujetos y políticas.

Los ensayos de Tania Franco Carvalhal, “La noción de *antropofagia* y sus alcances para la crítica”; y el de Bernard McGuirk, “El Yo en el Otro-el Otro en el Yo. La literatura latinoamericana y los mosaicos de la crítica postestructuralista”, se leen como posibles respuestas a la demanda anterior. Puesto que las literaturas son hoy lenguas y no naciones y que la relación entre nacionalidad e internacionalidad pasa por un contacto de lenguas y, por lo tanto, por el fenómeno de la traducción cultural; ambos autores ensayan para el estudio de los fenómenos literarios alternativos al modelo nacional empleado inicialmente en el siglo XIX.

Precisamente, es el modelo nacional de las historias literarias el que es analizado, revisado y criticado por Linda Hutcheon, “Repensar el modelo nacional”; Udo Schöning, “La internacionalidad de las literaturas nacionales. Observaciones sobre la problemática y propuestas para su estudio”; y Randolph D. Pope, “Contra la globalización: la importancia de lo nacional para una historia comparada de las literaturas ibéricas”. Particularmente, el trabajo de Hutcheon parte de advertir la persistencia en las nuevas historias literarias – escritas por los excluidos de la modernidad, o por los llamados sujetos poscoloniales– del mismo modelo de desarrollo narrativo teleológico empleado por las naciones-estados e incluso del mismo enfoque nacional. Por esta razón, es de los tres autores recién mencionados el que más insiste en la idea del presente no como un quiebre o un puente con el pasado, sino más bien como el punto de partida de toda reflexión, de toda acción. Ciertamente las fronteras del presente también se hallan marcadas por el entrecruzamiento de complejas figuras de diferencia e identificación cultural, constituyendo espacios intersticiales donde se inician nuevos signos de identidad y nuevas narrativas. Por lo tanto, no alcanza con celebrar la fragmentación de los “grandes relatos” de la modernidad o registrar la desintegración del espacio unificante de la nación, debe intentarse además dar cuenta de las complejas negociaciones que se producen hoy en la articulación de las diferencias culturales.

Estos artículos compilados, estas “escrituras” de un presente que se pliegan sobre el presente, no desconocen que el pasado lo habita como escritura, del mismo modo que cifran en el “relato” el comienzo permanente de la nación, una nación que no responde a Sarmiento y, que más cercana a la idea de Lamborghini, se desintegra mientras se escribe.